



Rivara Kamaji, Greta
*Poemas de la espera
que desespera*

México,

Ediciones Monosílabo,

2018. 68 Páginas.

Samy Reyes

Universidad Nacional Autónoma de México

samyzacarias@hotmail.com



¿Cómo citar?
Reyes, Samy. "RivaraKamaji, Greta.
Poemas de la espera que desespera".
Contexto, vol. 25, n.º 27, 2021, pp. 291-294.



UNIVERSIDAD
DE LOS ANDES
DR. PEDRO RINCÓN GUTIÉRREZ
TACHIRA VENEZUELA

Vivir es estar en contacto con lo otro y el otro, pero también consigo mismo, ese “sí mismo” que muchas veces creemos conocer, pero que es más ilusorio que real. Esperar al otro, pero también esperarse a uno mismo es una de las propuestas que el lector puede encontrar en los poemas de Greta Rivara Kameji. Y se dice aquí *propuesta*, porque los poemas van haciendo una puesta en escena de lo que la filosofía y la poesía pueden lograr al unificarse.

Entre líneas nos encontraremos un diálogo entre autores filosóficos y poéticos, especialmente en aquellos que trabajan la otredad (Ricoeur, Gadamer, Levinas). El otro “que altera mi alteridad / que profana mi otredad / que mata mi mismidad” (p. 55), que me modifica y que modifico, pero también el Yo que se busca a sí mismo, que se quiere alcanzar como si fuera otro ser, se va mostrando en un diálogo poético. De ese modo, Rivara va tejiendo entre los poemas una relación de espejos: el otro que soy yo, el otro que no soy yo; sin embargo, persigo desde esto que soy y que no soy a la vez; delirio de la poeta que se reconoce viva, pero también en el borde de la muerte, “el lugar de lo siniestro” donde “aguarda la llegada / de mi ser inicial / desnudo y sin memoria” (p. 9). La muerte, borde que la hace ver más allá de sí misma y de lo mismo en un espacio sin memoria y originario. Así, el juego de espejos se expresa del siguiente modo: “soy en mi atreverme / en mi desearme seducirme / en mí, que soy otro, otro que desde sí / regresa a mí, regresarme, / dotarme de la gramática reflexiva / de mi singularidad plural / de mi universal particularidad” (p. 54). Ese yo que se invoca como particular es más un sentido, un punto de referencia que va jugándose y jugando con el poema a lo largo del poemario.

Se reconoce también como un punto de referencia lúgubre, doliente; el dolor se muestra como aquello que posibilita la apertura, que lanza al sujeto a buscar al otro fuera de sí. Poesía íntima que busca romper el solipsismo, que busca encontrar otra referencia que no se reduzca a la mismidad. Búsqueda esperanzada, desespera en su intento, se encuentra a veces derrotada, imposibilitada, alcanzada por el yo adolorido. Y sin embargo: “morir de silencio / es llorar de gemidos / es implorar presencias / y rescatar el sonido / con el que se olvida vivir” (p. 44). Poemas del dolor que se descubre como posibilidad de compañía, posibilidad que, como Nietzsche, puede ser una fantasía que cure por un momento el dolor, fantasía que alivia, poesía que sana y abraza a la poeta abandonada en su soledad; palabra que abre la posibilidad, aunque sea en el engaño poético, de encontrarse con el otro: “en este sentir / de azules alucinaciones / confirmo mi realidad / exaltando mi palabra / que una vez más se levanta / para tomarme de la mano / y proclamar mi quererte-necesitarte” (p. 40), y que van encontrando su expresión “por el sendero oscuro / de lo indescifrable” (p. 43).

Espacio propiamente nocturno, tenebroso, fúnebre donde la poesía parece alcanzar cierta vida, cierta fuerza oscuramente luminosa.

Las imágenes de la esperanza y la desesperanza entran en juego con las de la fantasía,

el delirio, el mundo tenebroso, y esa muerte como destino, pero que con la palabra construye un nuevo horizonte. Y es que, si el límite de la vida es la propia muerte, el límite del yo es el otro; pero los límites son eso: puntos de conexión, espacios originarios, lugares de encuentro. Así, ahí donde Rivara va mostrando que la poesía es un hablar del yo, también es un hablar del otro; ahí donde la poesía habla de la vida creadora, también de su muerte. Nos dice Rivara: “te conviertes en letra / caminando en poema / en frase develada / que ocupa el destino / de éste mi escribir / escribirme, escribirte...” (p. 41). La claridad en Rivara echa su sombra reconociendo que el acto de escribir al yo es escribir también al otro. Los contrarios se armonizan: el yo con el otro, la muerte con la vida, la palabra con el silencio. Armonía que, incesantemente, Rivara va tejiendo, en la esperanza de su construcción, pero también en la desesperanza de su imposibilidad fáctica.

“Cantar horrores / es poetizar figuras / es invertir mi historia / en el obscuro discurso / de un cuerpo muerto” (p. 62). Con estas palabras, la poesía va tomando su posibilidad de reconstruir el punto de referencia, de imaginar nuevas posibilidades, de darle *otro sentido* al sentido ya obtenido. Direccionar, tergiversar, reconstruir y hasta horrorizar se vuelven herramientas de la poesía para dar nuevas figuras que mantengan la fuerza poética creadora. También una preparación para la vida y para el horror de la vida. Así, la poesía permitiría que la espera no desespere del todo, que logre regresar a sí hasta en medio del terror de estar vivo. Con ello, los poemas nos van arrastrando a un juego entre lo imposible y la existencia dada, entre lo soñado y lo creado; entre la muerte y la vida y la agonía de estar vivos, pero que también es contemplación, placer, espera, creación de la vida a través de una especie de gozo poético.

Termina Rivara con los siguientes versos: “[...] pasados los tiempos / recordaré la historia, / aquella que inventamos / y de la que surgimos / aquella que reímos / y nos hace creadores” (p. 63).

Con todo esto podemos situar a Greta Rivara Kamaji en una poesía que nace de una observación de la vida, pero que también hunde sus raíces en las investigaciones filosóficas. Siendo ella doctora por la Universidad Nacional Autónoma de México, desde sus inicios tuvo interés por cierto pensamiento donde la vida no fuera sofocada por el racionalismo imperante, sino que pudiera dialogar y armonizarse con la parte creadora del ser humano, con su lado poético, inventor, fantasioso; también oscuro, frenético y lunático. Una poesía que, como podría ser la de Elsa Cross y Angelina Muñiz-Huberman, ambas también académicas de la UNAM, entra en una relación constante con el mundo filosófico e intelectual, encontrando puntos de encuentro y de expresión de la vida humana de modo que el pensamiento, como la poesía, entren en una relación constante de creación y amistad.

Por último, cabría señalar que este intento, intencionado o no, en *Poemas de la espera que desespera*, refleja el gran conocimiento de Rivara de la obra de María Zambrano, de la cual está especializada y donde se podrá encontrar una constante búsqueda de una nueva forma

de expresión: la razón poética. Así pues, el lector encontrará en esta antología poemas para sentir la vida, la muerte, el amor y la esperanza; pero también para meditar, de un modo diferente, sobre los temas más intensos de la filosofía: la existencia, la otredad, el tiempo, la historia, y claramente, la poesía.